

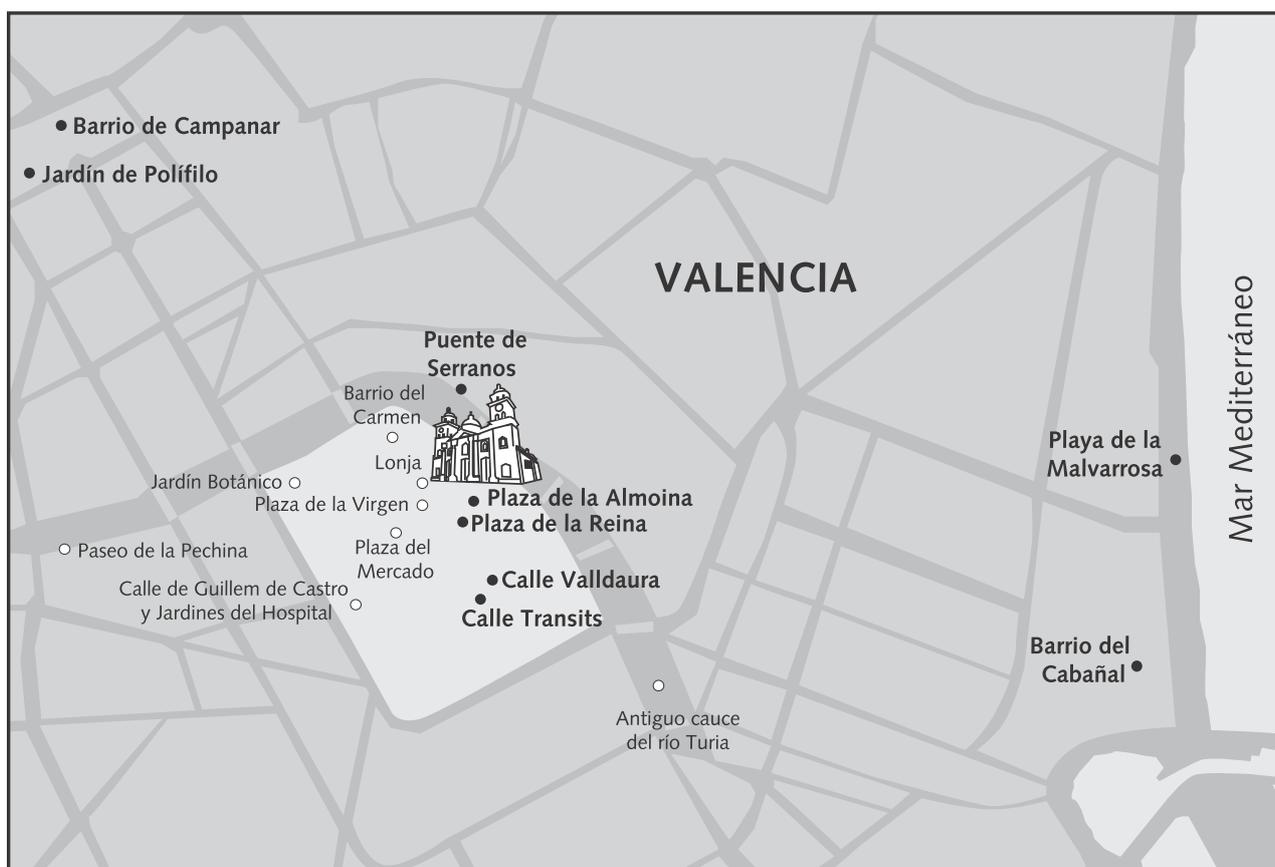
María Suré

LÁGRIMAS
DE POLVO
ROJO



MAEVA | NOIR

Los escenarios de la novela



Índice

Ataduras peligrosas	9
Hilo rojo	18
Oculto tras las moléculas	26
Rombos verdes y azules	37
Antiguos grabados	45
Tirar para adelante.....	57
En la morgue	60
Trofeo de caza.....	70
Ordenando ideas	80
Café con sorpresa	86
A nombre del tío del saco.....	92
Arañas y abejas	103
Tres cuchillos	112
Investigando el pasado.....	123
Huida	132
Atrapadas por la magia	137
Chaquetón y gorra roja.....	148
Esclavas del vudú.....	152
Retrasado.....	157
Jugando al despiste.....	164

Un dragón	171
Someter la voluntad.....	187
Tú me lo prometiste	194
Inoportuna migraña.....	202
Color platino	212
Ilusiones pasajeras	222
Ajusticiados.....	230
Yo no valgo para esto.....	236
Confesiones.....	248
Entrega frustrada	258
Ruidos nocturnos	265
Reproches.....	267
A mí no	278
Ratonera	288
El clic	295
Lugares, fechas, nombres	303
Coartada perfecta	308
Instinto de supervivencia.....	312
Regatear por una vida	316
Chasco.....	325
Un deseo	330
Las manecillas del reloj.....	340
Oscuro secreto	344
Epílogo I.....	347
Epílogo II	357
Agradecimientos	358

1

Ataduras peligrosas

CLARA CAMINABA POR una estrecha calle del barrio de El Cabanyal. Sus tacones resonaban en el silencio de la fría y húmeda noche de febrero. Apenas se había cruzado con un par de personas desde que salió del taxi; la temperatura no acompañaba. Iba a buen paso, aunque seguía sintiendo las piernas flojas, como de gelatina. Pensó que sería el efecto del relajante que había ingerido unas horas antes. Por supuesto, había tenido la precaución de no tomar aspirinas en los últimos días, como él le había advertido. Giró a la derecha y buscó la placa de la calle para asegurarse de que no se equivocaba de dirección. Ante ella apareció una sucesión de casas antiguas —alguna de ellas parecía llevar en pie varios siglos—, cuyas fachadas estaban adornadas con azulejos de mil formas y colores. Aunque sabía que aquel antiguo barrio de pescadores era seguro, no pudo evitar sentir un escalofrío al verse sola en mitad de la noche en un lugar desconocido y solitario. Se ciñó el abrigo. Debajo solo llevaba un corto y ajustado vestido de tirantes, tan pegado al cuerpo que parecía una segunda piel de color dorado, y que a duras penas lograba competir con la humedad de la noche valenciana. Una vez más se obligó a mirar atrás para comprobar que nadie la seguía. Estaba indecisa y eso la ponía nerviosa. Al fin y al cabo, era ella la que había decidido acudir a la cita.

La primera vez que vio a Klaus, enseguida le llamó la atención. Fue en una de las quedadas que el club BDSM solía organizar

para personas como ella, gente a la que le iba el mundo sado. No era de los habituales. Observaba a unos y otros, pero sin atreverse a entrar en materia con nadie. Él le dedicó una sonrisa seductora cuando sus miradas se encontraron y a ella se le aceleró el pulso. Su peinado desenfadado y una barba de varios días le proporcionaban un aire de chico malo que a Clara le pareció muy atractivo. Se perdió de inmediato en sus ojos, que la arrastraron sin piedad a la irresistible oscuridad que desprendía su mirada. Enseguida lo imaginó en una de las mazmorras del club, azotándola con una fusta mientras ella se retorció de placer, atada y colgada de uno de los aros del techo. Esa fantasía no tardó en hacerse realidad porque, tras un par de copas y una conversación relajada, los dos acabaron dejándose llevar por su imaginación en una oscura sala de *bondage*. No hubo sexo. Para ella no era algo estrictamente necesario, aunque, si la situación lo requería, estaba abierta a cualquier posibilidad.

Durante la adolescencia comenzó a sentir atracción por ese tipo de prácticas, aunque siempre lo mantuvo en secreto. Sabía que no era algo que todo el mundo pudiera entender. Habría supuesto un gran escándalo en el entorno acomodado y en ocasiones un tanto rancio en el que vivía gracias a su padre, un hombre demasiado serio y estricto que caminaba envarado, como si al andar temiera perder el palo que tenía metido por el culo. Ese hombre era el dueño de una de las empresas más importantes de la Comunidad Valenciana, en la que ella ocupaba el puesto de vicepresidenta. No, tampoco en su entorno laboral sería algo que la gente comprendiera. A más de uno le daría un infarto si la viera en ciertas situaciones. Por eso siempre era muy discreta. Jamás se quitaba el antifaz y siempre utilizaba un seudónimo: Morgana.

Lo cierto era que, a esas alturas, con los treinta y cinco más que cumplidos, lo había probado casi todo. Empezó por la inmovilización y las ataduras, después pasó al confinamiento, a

las fustas y los flagelos. Probó las cadenas, el rasurado, las pinzas, los látigos e incluso las trampas de ratón. Le gustaba todo, siempre que ella fuera la *bottom*. El rol de *top*, el que se encarga de dominar, no era para ella. A Clara le ponía lo de ser sometida y practicaba a menudo todo tipo de perversiones de manera consensuada con otras personas a las que les iba el mismo rollo. No solía repetir pareja, y si lo hacía era porque no encontraba un plan mejor. Pero con Klaus fue diferente. Cada vez le gustaba más, y ese acento un tanto rudo —quizá de algún lugar de Europa del Este— con el que le susurraba cosas mientras la obligaba a hacer ciertos juegos, la enloquecía. Solo sabían lo indispensable el uno del otro, no necesitaban conocerse. Pero estaba claro que había una conexión entre ellos, porque ambos se buscaban y siempre intentaban coincidir en cualquier evento del club, e incluso, en más de una ocasión, fuera de él.

Cuando él comenzó a hablarle de otro tipo de prácticas totalmente nuevas para ella, no tardó en convencerla. Se trataba de un tipo de fetichismo en el que entraba en juego la sangre, y que a Clara le pareció muy interesante. Para eso habían quedado aquella noche en el club. Se suponía que él había hecho una reserva, pero no lo encontró allí. Solo llevaba unos minutos esperando cuando recibió una llamada de él para invitarla a ir a su casa, donde tenía dispuesto todo lo necesario para llevar a cabo el ritual. Le costó bastante despistar al pesado de Boris, el guardaespaldas que su padre se empeñaba en que la siguiera a todas partes y que le crispaba los nervios, pero al final logró salirse con la suya.

Por fin encontró la dirección que buscaba. Se detuvo frente a una antigua casa de dos pisos con la fachada pintada de azul. La gran puerta de madera pedía a gritos una capa de barniz y las ventanas enrejadas estaban tapadas con persianas enrollables. La casa que lindaba con aquella vivienda estaba rodeada de andamios y una gran red la cubría por completo. Tras echar otro

nervioso vistazo a su alrededor y volver a comprobar que la dirección era la correcta, llamó al timbre, preguntándose qué demonios hacía ella allí. Por un momento sintió el impulso de darse la vuelta y salir corriendo, pero justo cuando iba a ceder a la tentación de marcharse, la puerta se abrió. Tras ella apareció un Klaus sonriente que le daba la bienvenida. A Clara le pareció que estaba más guapo que nunca, con el pelo mojado y alborotado y una camiseta ajustada que le marcaba los músculos de los brazos. Después de darle dos cordiales besos, que a ella le parecieron demasiado formales, la invitó a pasar y la ayudó a quitarse el abrigo. Dentro el ambiente era bastante cálido y la moderna decoración, en contraste con el aspecto exterior, la sorprendió.

—¿Te gusta? —preguntó él al ver su expresión de asombro cuando entraron en el salón.

—Pues sí. La verdad es que no me lo esperaba tan... tan bien decorado.

—Ya ves que no tengo mal gusto. —Invitó a Clara a sentarse en un sofá blanco de cuero, colocado con acierto frente al reconfortante fuego de la chimenea—. Por cierto, es la primera vez que te veo sin antifaz.

—¿Y?

—Eres mucho más guapa de lo que imaginaba. Ese trozo de tela no te hace justicia.

—Gracias —respondió ella, sorprendida por el rubor que acababa de sentir en las mejillas.

—¿Quieres beber algo? He comprado una botella de *whisky* y *ginger-ale* especialmente para ti.

—Eres muy amable, veo que sabes lo que me gusta.

—Creo que conozco alguno de tus gustos... —respondió él con mirada seductora, jugando con un movimiento de cejas.

Clara pensó que no le importaría nada olvidarse de jueguecitos y follárselo allí mismo, sin preliminares. Ya tendrían tiempo después para todo lo demás.

—Con mucho hielo, por favor. —Se mordió el labio con impaciencia.

—¿Has traído los análisis? —preguntó él mientras le servía el *bourbon*.

—Sí, claro. Estoy limpia. —Sacó unos papeles del bolso y se los entregó a Klaus.

—Yo también. Tengo los míos aquí —dijo él haciendo lo mismo—. Ya sé que esto parece muy frío, pero creo que es necesario para evitarnos un susto. Con todas las enfermedades que hay por ahí...

—Claro, es lo mejor. —Ella esbozó una sonrisa un poco forzada. Le acababa de cortar el rollo por completo.

—Morgana, ¿estás segura de lo que vamos a hacer? —Él le cogió la mano con dulzura—. Aún estás a tiempo de echarte atrás. De verdad que lo entendería...

—No. En realidad estoy un poco nerviosa, pero quiero hacerlo.

—Pues coge el vaso y acompáñame. —Klaus sonreía con ganas y ella pudo adivinar en su mirada un oscuro destello de deseo que le aceleró el corazón.

La llevó de la mano escaleras arriba. Entraron en una habitación con las paredes pintadas de negro a cuyas sombras apenas podía vencer la luz rojiza de una lámpara de estilo antiguo, colocada en un rincón. El suelo estaba cubierto por un gran plástico transparente sobre el que descansaban un par de cojines y un estuche de tela que contenía un juego completo de cuchillos, hojillas y otros instrumentos de corte que parecían bisturíes.

Clara se quedó paralizada, impactada por lo que acababa de ver.

—No tengas miedo, iré con cuidado.

—Pero ¿y si te pasas? Podría desangrarme...

Él la empujó con delicadeza hasta el centro de la estancia.

—Eso es imposible —rio—. Los cortes que voy a hacerte son mínimos. Solo saldrán unas pocas gotas de sangre de cada uno de ellos, y un ser humano tiene entre cinco y seis litros.

—¿Estás seguro de que no me dejarás cicatrices?

—La verdad es que eso no puedo asegurártelo, aunque te prometo que haré cortes muy superficiales y en zonas que no se vean. Solo te escocerá un poco. Ven, siéntate conmigo en el suelo.

—¿Qué es lo que más te gusta de esto? ¿Qué te excita tanto?

—Que tú me permitas hacerte daño y ver tu reacción mientras te lo estoy haciendo me pone mucho. El color y el olor de la sangre, y poder lamerla mientras brota de tu cuerpo es una sensación increíble. Sí, me pone muchísimo.

—¿Hasta qué punto?

—¿Qué quieres decir?

—¿Te excitarías hasta el punto de querer tirarte a la otra persona?

—Si es lo que ella quiere, por supuesto —respondió con una sonrisa picarona—. Ven, voy a desnudarte poco a poco y vamos a esterilizar los instrumentos juntos.

Klaus la animó a darle un último sorbo al vaso antes de retirarlo y dejarlo a un lado, en el suelo. Le apartó un mechón de pelo largo y de un color negro casi azulado que le caía sobre el rostro. Después, comenzó con el ritual de quitarle el vestido. Ella se dejaba hacer, cada vez más excitada. No llevaba ropa interior, así que acabó pronto. Luego le tocó el turno a él. Clara le subió la camiseta y le acarició el pecho. Una gran cruz colgaba de su cuello. Hizo ademán de quitársela, pero él le sujetó la mano con fuerza.

—Nunca me la quito —dijo muy serio.

Ella asintió un poco contrariada, pero continuó con lo que estaba haciendo. Cuando por fin consiguió deshacerse de los vaqueros y pudo ver su erección a través de la tela del calzoncillo, intentó tocarlo. Él le retiró la mano con una sonrisa.

—Espera... Aún no. Ten paciencia.

—De acuerdo —asintió ella con un gemido que intentaba disimular un gesto de fastidio.

Entre los dos fueron desinfectando cada instrumento. La tensión sexual era tan densa y palpable que se podía cortar con cualquiera de aquellos afilados utensilios.

—Ven, tumbate bocarriba y relájate. No voy a ponerte ninguna mordaza ni nada parecido.

Ella obedeció sin dejar de mirarle a los ojos. Su respiración acelerada hacía que su vientre subiera y bajara con rapidez. Él alcanzó uno de los cuchillos, uno pequeño de punta afilada.

—¿Cuál es tu nombre real? —le dijo ella con voz temblorosa—. Me lo he preguntado muchas veces.

—Me llamo Klaus, no es ningún seudónimo —le contestó mientras adoptaba una postura cómoda a su lado—. Deduzco que Morgana no es tu nombre...

—Me llamo Clara —confesó, cada vez más nerviosa.

—Un nombre tan bonito como tú. Clara, voy a empezar por un costado. Levanta el brazo, cierra los ojos y relájate.

Ella cerró los ojos y pronto sintió el frío metal resbalar suavemente por su piel. No le dolió, apenas sintió un ligero escozor, pero cuando él pasó la lengua por el corte, no pudo reprimir un gemido de placer.

—¿Te gusta? —quiso saber él.

—Sigue, por favor. No pares ahora...

ESTABA HARTO. HARTO de discutir con la parienta cada dos por tres y de acabar callando por no oírla; harto de llevar toda la vida deslomándose para no salir de pobre; harto de levantarse cada mañana y de que los huesos le recordaran que, tras sesenta años aguantando su peso, ya no estaban dispuestos a soportar según qué cosas. La mañana era fría y húmeda. Se ajustó el

gorro de lana para cubrirse las orejas y se golpeó las manos enguantadas para entrar en calor antes de salir con la carretilla en la que transportaba los aperos del jardín. Al menos allí estaba tranquilo, rodeado de sus plantas y flores, que nunca se quejaban y a las que no tenía que rendir cuentas. Un día más de trabajo o, más bien, un día menos para el desastre. Porque imaginaba la cuenta atrás hacia la jubilación como una bomba de relojería cuyo tictac le recordaba que explotaría en el mismo momento en que dejara de trabajar, llevándose consigo lo único por lo que merecía la pena seguir vivo, su única vía de escape.

Iba rumiando sus pensamientos en dirección al Estanque de los Naranjos cuando empezó a advertir los estragos que los jóvenes habían provocado durante el fin de semana. Saltaban la valla por la noche, abrigados por la oscuridad, y se montaban sus fiestas allí dentro; comían, bebían y sabe Dios qué más. Y es que a él no le importaba lo que hicieran. Sabía que entre los jóvenes de hoy en día ya no se presumía de valores, pero ¿es que tenían que dejarlo todo perdido? Incluso el estanque solía amanecer lleno de botellas rotas y porquería. ¿Qué les costaba tirar la basura en alguna papelería? Dejó la carretilla y cogió el escobón para empezar a barrer los desperdicios mientras refunfuñaba por lo bajo. Más tarde tendría que volver a por las botas de agua para encargarse de limpiar el estanque.

Al rato, con la espalda dolorida por la postura, descansó un momento para estirar los músculos. Al mirar a lo lejos, le pareció ver algo en la Montaña Sagrada, un pequeño montículo al que se accedía mediante un camino ascendente que lo rodeaba, y en cuya cima se encontraba el primer árbol que se había plantado en el jardín. Era una encina sobre la que, según el relato, Polífilo se había quedado dormido. Aguzó la vista, colocándose la mano a modo de visera para evitar los primeros rayos de sol.

—Pero ¿qué demonios...?

Dejó lo que estaba haciendo y se dirigió con paso rápido hacia allí. Cuando llegó, casi sin aliento, ahogó un grito cubriéndose la boca con manos temblorosas. El cuerpo desnudo de una mujer yacía colgado bocabajo de una de las ramas del árbol. Un gran charco de sangre empapaba el suelo a su alrededor. No necesitó acercarse más para saber que estaba muerta.

2

Hilo rojo

ESA MISMA MAÑANA, la subinspectora Runa Østberg consiguió salir airosa de la última visita al médico que Patiño le había impuesto, pero no sabía cuánto tiempo podría mantener en secreto lo que le ocurría. Aunque había superado con éxito las pruebas médicas para reincorporarse al trabajo tras casi un mes en coma, el inspector Ferrán Patiño no dejaba de insistirle en que tenía que hacerse continuos chequeos para controlar las secuelas que el accidente le había dejado. Quería descartar cualquier tipo de impedimento que lo obligara a apartarla de la calle y a retirar el arma. Y no le faltaba razón. Patiño era un viejo sabueso con un historial de casi treinta años a su espalda que le había permitido entrenar el olfato para seguir cualquier rastro que oliera a podrido. Y parecía que, últimamente, la vida de Runa al completo empezaba a apestar. Sabía que era muy peligroso seguir adelante en las condiciones en las que se encontraba, pero no estaba dispuesta a pasarse el resto de su carrera sentada delante de una pantalla. Prefería arriesgarse a recibir un tiro en la cabeza antes que dejarlo.

Sentada en el asiento del copiloto e inmersa en sus pensamientos, miraba por la ventanilla sin percatarse de lo que había al otro lado. Se acarició la cabeza rapada al uno. Cerró los ojos y comenzó a recorrer con los dedos la cicatriz que le nacía cerca de la sien izquierda, y que acababa en la parte baja de la nuca. A medida que avanzaba por la irregular costura, imaginaba que

estaba acariciando la cabeza, el cuerpo y la cola del dragón que se había hecho tatuar sobre ella. Le encantaba el resultado, sobre todo el efecto que provocaba en los demás, que no podían dejar de mirarlo cuando la veían por primera vez. Además, el tatuador había conseguido disimular a la perfección la marca que la carrocería del coche que conducía le había dejado al incrustarse en su cabeza.

Iba a más de doscientos kilómetros por hora y comenzó a dar vueltas de campana cuando un balazo reventó uno de los neumáticos. Por fortuna iba sola. Habían parado en una gasolinera y Roi se había bajado para pedir un par de cafés. Un coche pasó a su lado a toda velocidad. Le dio tiempo a ver a uno de los ocupantes con un pasamontañas y una pistola, y no se lo pensó dos veces. Salió tras ellos en una persecución alocada por la A3, que para ella terminó en la UCI.

—¿Estás bien? —le preguntó su compañero con aire preocupado—. ¿Qué tal ha ido esta mañana lo del médico?

—Ha ido bien, Roi —respondió ella, volviendo al mundo real con un suspiro de resignación—. Como las últimas diez veces. Sigo con el tratamiento preventivo para las migrañas. De momento, he vuelto a salvar el culo. Las pruebas han salido bien.

—Sigo pensando que...

—Y yo sigo diciéndote que no. Es mi decisión y no hay más que hablar. Respétame, por favor.

—Lo hago, Runa. Solo espero que esto no nos salga caro a ninguno de los dos.

«Yo también lo espero, compañero», pensó ella. Pero sus palabras fueron otras.

—No pasará nada, no te preocupes. Te repito que lo tengo controlado.

Ella volvió a centrarse en el exterior y apoyó la cabeza en la ventanilla. Él continuó conduciendo por las calles de Valencia. Cada uno rumiando para sí sus diferentes formas de ver el

asunto. Unos minutos después, Roi aparcaba el Seat León frente a una de las entradas del Jardín de Polífilo.

—Ya están aquí también los de la Científica. Nos hemos retrasado un poco. —Roi señaló con un movimiento de cabeza el coche que aparcaba en ese momento a unos metros de ellos.

—¡El Agujeros otra vez! —La cara de fastidio de la subinspectora era todo un poema.

—Veo que no puedes disimular la emoción —bromeó su compañero, encaminándose tras ella hacia una de las puertas de entrada del parque. Runa había tenido hacía poco un roce con Pau Hoyuelos, uno de los más veteranos —al que llamaba no muy cariñosamente el Agujeros—, por haber cometido un error en la custodia de unas pruebas que al final no fueron admitidas a juicio. Él negó hasta el final su responsabilidad en lo ocurrido y ambos acabaron enfrentándose hasta casi llegar a las manos. Roi sabía que su compañera odiaba a la gente como Pau, capaz de arrastrarse entre la basura antes de reconocer un error que pudiera manchar su reputación.

—Vete a la mierda, Rodrigo Melgar.

—La verdad es que me pone más cuando me llamas Roi. —Disimuló una sonrisa cuando ella se volvió para mirarlo con cara de mala leche—. Y, por cierto... tienes que decirme dónde has comprado esos pantalones. —Siempre vestía de forma poco femenina. Aquel día, su indumentaria se basaba en unos pantalones color caqui con bolsillos por todas partes, botas militares y una sudadera negra—. Me flipan.

Roi aún con más ganas cuando ella le mostró el dedo corazón por encima de la cabeza sin volverse. Le encantaba hacerla rabiar. Era una buena forma de sacudirle los fantasmas de la mente y, con un poco de suerte, arrancarle un atisbo de sonrisa.

La patrulla que había llegado antes que ellos ya se había encargado de acordonar la zona y despejar de curiosos las inmediaciones. Como seguía habiendo algún que otro espectador

observándolo todo desde las ventanas de los edificios cercanos, los policías habían improvisado una especie de mampara con mantas térmicas.

—Esos cabrones son capaces de empezar a hacer fotografías y mañana tenemos la escena del crimen rodando por las redes —dijo uno de los policías que custodiaban el cadáver. Llevaba la camisa remangada y mantenía una pose erguida de piernas abiertas y brazos cruzados que buscaba resaltar unos bíceps que debían de estar congelándose. Unas gafas de aviador de espejo azul remataban su aire chulesco.

—Hola, Natalia —Runa saludó a la forense que, envuelta en un mono blanco, ya estaba inspeccionando el cadáver—. Has venido muy pronto. ¿Y el juez?

—Buenos días. Me ha pillado de camino y me he adelantado yo —saludó ella, alzando la vista por un instante hacia los recién llegados—. Alejandro Delgado está de guardia, llegará enseguida.

—¡Joder! —exclamó Runa mirando la gran mancha oscura que se extendía por el suelo—. No debe de quedarle ni una gota de sangre dentro.

—¿Quién la descubrió? —preguntó Roi mientras se ponía unos guantes.

—El jardinero del parque —informó Natalia sin levantar la mirada, concentrada en el cadáver—. Está muy nervioso y no ha podido decirnos mucho, solo que se la encontró así a primera hora de la mañana. Si queréis hablar con él, debe de estar en la caseta en la que guardan las herramientas del jardín. Un compañero lo acompañó hasta allí hace un rato.

—¿Cómo habrán entrado? —se preguntó Runa mirando a su alrededor—. Este parque se cierra por la noche y las puertas son enormes. No parece fácil forzarlas.

El de las gafas de sol respondió sin alterar lo más mínimo su postura.

—Hemos comprobado que hay una puerta más pequeña en la parte de atrás que ha sido forzada. Ya hemos precintado la zona también. —Llevaba algo en la boca que movía de un lado a otro. Runa torció el gesto al descubrir que era un palillo.

—Buenos días —saludó una chica alta y de complexión huesuda enfundada en un mono blanco que arrastraba una maleta de ruedas. Tras ella iba su compañero, un hombre de mediana edad con unas gafas negras de pasta que contrastaban con el color blanco nieve de su pelo y su barba. Pau Hoyuelos no respondió al saludo, sino que se limitó a hacer un gesto de cabeza sin dirigir la mirada a la subinspectora Runa.

—Buenos días, Susana —contestó Runa, ignorando al acompañante de la chica.

—Haced el favor de ponerlos los monos —recriminó Pau con cara de pocos amigos—. No quiero que contaminéis la escena.

Ella se volvió hacia él apretando los dientes, y Roi la calmó sujetándola del brazo y dirigiéndose al de la Científica.

—Sabes que acabamos de llegar, Pau. En eso estábamos, y tampoco hay necesidad de ser tan borde...

—¿Podemos ser todos un poco más serios y empezar a trabajar? —intervino Susana, apartándolos a todos y acercándose al cadáver, que aún colgaba del árbol—. A los muertos les importa tres pitos los líos que os traigáis entre manos.

—¿Qué nos puedes decir, Natalia? —preguntó Roi para romper el hielo tras unos instantes de silencio incómodo.

—Yo diría que lleva muerta entre cinco y ocho horas. No es fácil estrechar el margen debido a que hay muchos factores que intervienen en el enfriamiento del cuerpo. Además de que no lleva prenda alguna que lo proteja del frío, la postura y la ausencia de sangre aceleran el proceso. Esta noche la temperatura ha bajado hasta los ocho grados. Ya ha empezado la rigidez de la musculatura, pero aún no es completa.